

La tumba del marinero

Luna Miguel

Colección dirigida por Alejandra Vanessa y Elena Medel

Primera edición: abril de 2013

© De los poemas, Luna Miguel

<http://www.lunamiguel.com>

© De la ilustración de cubierta, Laura San Román

<http://www.lurasanroman.com>

© De la nota de contraportada, Antonio J. Rodríguez

<http://ibrahim-berlin.blogspot.com>

© De esta edición, La Bella Varsovia

Apartado de correos 2164 -- 14080 Córdoba

<http://www.labellavarsovia.com>

Diseño y maquetación:

La Bella Varsovia

Corrección de pruebas:

Alberto Acerete

Impresión y encuadernación:

Imprenta Kadmos

ISBN: 978--84--939991--5--5

IBIC: DC DCF

Depósito legal: CO--90--2013

No se permite la reproducción, almacenamiento o transmisión total o parcial de este libro sin la autorización previa y por escrito del editor. Todos los derechos reservados.

Hecho en Andalucía, España / *Made in Andalusia, Spain*

www.elboomeran.com

OCHO: MALA SANGRE

*

La felicidad no puede ser experimentada ni por los vivos ni por los muertos. Eso me dijeron los que dibujaban tus ojos en un pañuelo blanco. Los que me tentaban: si otra persona, si una sola persona recuperara antes que tú este pañuelo, los ojos de tu amado desaparecerían para siempre. Los ojos. Desaparecería para siempre. Tu amante. Los ojos de tu amante/amado como una gallinita ciega. Ven. Date prisa. Tómalos la primera. Los otros niños corren más que tú. Tómalos antes que ellos. Nunca ganaste al juego del pañuelo, pero aguanta. Aguanta esos ojos estériles. Aguántalos sangrantes en tus manos, en tus globos oculares, los ojos sobre los ojos, y más ojos sobre más ojos. Introdúcelos en tu organismo. Pez de tres ojos. Pez radioactivo de dibujos animados. Toma los ojos de tu amado. ¿Cuántos ojos hacen falta para ver el mundo? ¿Cuántos iris, para creer en el amor? La felicidad es ciega, dicen. Nadie la ha visto. A todos nos mienten sobre su esencia. Que si mariposas en el estómago. Que si cucarachas en el pecho. Que si larvas en las varices. El terror también es ciego. El amor y las cosquillas. Nunca me gustaron demasiado las cosquillas. De pequeña mi padre me tomaba de las caderas y me hacía cosquillas. Presionaba tan fuerte mi carne que yo solo podía llorar. Debía llorar. Cuando la risa de la cosquilla se convierte en dolor. La infancia

era dolor. La infancia era pesadilla. A veces mi padre me leía cuentos de Cortázar y yo solo temía por mi vida. Personajes extraños y apocalípticos rondaban mi cabeza por las noches. Los cronopios como monstruos. La infancia era cronopio. Las historias de Cortázar como el peor cuento de terror que se le puede leer a un niño. ¿Acabaré desdichada? Pensé. ¿Será mi futuro el de un cuento de Cortázar? ¿Respiraré bajo la tela gruesa de este jersey naranja? ¿Me encontraré conmigo misma de frente, en mi sofá, leyendo mi propia muerte en un papel? Me dijeron: toma los ojos de tu amado. ¿Y yo? *¿También acabaré ciega?*
Decía,
¿desdichada?

* *

Nos venden la felicidad cual refresco. La felicidad es hidratante y dulce. La felicidad es burbujeante y suave. La felicidad es una droga cursi que entra por las uñas y baja por la garganta cual aspirina triturada (*el bote de las pastillas, trágatelo*), cual grumo seco de cacao (*el bote de los polvitos, trágatelo*), cual aguja, punzando fuertemente la inocencia. ¿Pero qué es la inocencia? Alguna vez intenté responder a esa pregunta y entonces nada volvió a ser lo mismo. Preguntarse por la inocencia perdida es la mayor barbarie que conozco. Mírate, has crecido, y cerca de ti solo veo cucarachas. Y cerca de ti los insectos saben. Qué corazón tan ridículo. Cuánta pena dan tus bichitos en el pecho. Mis bichitos cuando te pienso. Los bichitos en mi débito y mi pobreza. Madurar es la pobreza. Cuando uno encuentra cero céntimos, cero algodones, cero esmaltes, cero respiraciones, cero palpitaciones, cero cánceres. Cuando sabe que el dinero es quien dicta nuestra digestión, ¿cómo se puede ser feliz? Trabajar en lunas ficticias. Devorar comida barata. No quiero el dinero de papá ni el de mamá. No quiero su dinero ni su casa.

Aquí: mi novela política.

Aquí: lamer el suelo.

Aquí: la independencia.

Aquí.

* * *

Leo a Julieta Valero. Me cuenta que *el deseo es un órgano vital como el arpa en las batallas*, pero yo sé que para nosotras, la niñas tontas, el deseo es esa moneda brillante. Esa moneda que no tenemos. Moneda de cambio en la felicidad. Te doy tres papelitos y cuatro besos si me dejas dormir en una casa caliente. Que ser feliz es tener dinero. Que ser feliz es comprarse libros. Que ser feliz es vestir la ropa que Nadia nos roba en grandes almacenes. *Pantalones de cuero. Camisetas transparentes. Zapatos de tacón marrones con tachuelas brillantes. Chalecos salvavidas. Angina en el escote.* Solo visto ropa robada. Solo huelo a caro y a robado. Que ser feliz es qué. Nadie lo sabe. Y si alguien lo supiera, ¿a quién se lo diría? ¿Por qué compartirlo?

Si algún día sonrías que sea tu secreto.

Si algún día despiertas alegre que sea tu puto secreto.

El mundo se desmorona y tú te diviertes.

Que sea tu secreto.

* * * *

Porque la felicidad no puede ser experimentada ni por mí ni por el resto de ignorantes. La felicidad. Alguien se la ha llevado. Alguien más listo que tú y que yo se la ha llevado. ¿Por qué la deseo? Hay quien prefiere vivir en los márgenes de la felicidad. Los márgenes de la alegría: o estar vivo o estar muerto. Hay quien prefiere mero-dear las orillas. Lo alegre solo existe en el término medio. Entre lo sombrío y lo clínico. Entre el holocausto y la golosina. Por eso no estoy ni viva ni lejos, ni cerca ni muerta. Mi salud es un reloj de cuco. De él nacen tus ojos cada hora. De tus ojos mi felicidad, cada hora. Y lloro todas las semanas. Mal-estando, lloro todas las semanas. Y entiendo este ácido. Este éxtasis. Este límite. Esta pequeña lágrima con forma de sogá.

* * * * *

El útero de mi tía tiene forma de sogá. Las sogas, como las pulseras plásticas de las niñas que venden en los chinos, tienen formas de animales perfectos. El útero de mi tía Lourdes es un animal perfecto: huele a estiércol y a hierba mojada y a veces se lo comen las moscas. A mi tía le han quitado un trozo de útero y no se va a morir pero le duele. No se va a morir pero le asusta. A mi tía le han quitado el útero y yo, que soy una mala sobrina, no he ido a visitarla. Los hospitales me dan miedo. Tanto que a veces prefiero no ir a ver a mis seres queridos, opto por decir *hola, tía, estoy ocupada*, opto por mentir, *hola, tía, estoy ausente*. La primera vez que me quedé a dormir en un hospital, fue para cuidar a mi abuela después de su duodécima operación. La primera vez que me quedé a dormir en un hospital mi abuela se cagó encima. La habitación comenzó a apestar. Llamé a las enfermeras para que limpiaran pero no venía nadie. Abracé a mi abuela, que lloraba de vergüenza. Pero su peste solo me provocó amor. Su mierda era mi amor por ella. Mi cara relajada, mi ceño sin fruncir, era su amor por mí. El fin del mundo tiene que ser algo parecido a esto, pensé: estar al lado de alguien a quien amas cuando todo lo que te rodea apesta a final infeliz.

El fin del mundo debería ser así.

Dos personas abrazadas en mitad del descon-
cierto.

Tranquilas pero tristes.

Con lágrimas pero soportando.

* * * * *

En aquel tiempo yo leía a Beatriz Preciado y mi madre estaba sana. Un año después también tendría que visitar a mamá en otro hospital de otra ciudad y de otro fin del mundo (pero eso ya es otra historia). Yo leía a Beatriz Preciado: aquel libro sobre testosterona, cuerpo, mutaciones, medicamentos, jeringas y sexo. En aquel tiempo no vivía en Madrid. Por eso todo me daba asco. El mundo, fuera de la capital, era un hospital enorme con úteros y sogas, y páncreas colgando de las puertas... y el pus, *el poema segregado como pus* de Panero. La felicidad consistía en salir de todo aquello. Asistir a fiestas. Bailar desdentada. Comer desdentada. Follar mucho. Pensar en el dinero. Ser feliz sin todo aquello. Ser feliz a costa del abandono a los infelices. Esos infelices que me aman. Pobrecitos. Pobres infelices. El malestar era mi familia. El malestar era comprender a los demás. Comprender a mis abuelos. Comprender a mis primas pequeñas. Comprender a los bebés que desconozco. A los que nunca he tocado. Mira qué mundo le entregas a esos bebés. Mira qué mundo les das y qué olor les das y qué sabor les das: ¿es néctar acaso? Pero si *Ellos* eran el malestar, ¿qué es lo que ahora me entristece? ¿Qué es lo que me entristece hoy si mi casa no es un hospital, si mi cuerpo no es un bisturí, si mi enfermedad no son los otros, si soy yo...? ¿Soy yo? La felicidad

no puede ser experimentada ni por los amantes
ni por los egoístas. Siempre he sido una egoísta.
Eso me dice mi amado. Eres egoísta y das asco.
No quiero decepcionar a mi amadito ciego. A
mi gallinita. El amor es la felicidad. El amor no
es la felicidad. El amor es ese cuento de Cortá-
zar que mi padre me leía.
El amor es amarse a uno mismo.
Amarse en la infancia.
Hermosa infancia.
El fin del mundo es crecer.
Qué egoísta.
Ya nadie me lee cuentos en la cama.

* * * * *

Porque cuando era pequeña mi madre solo me cantaba a los clásicos. Mi madre es arqueóloga y estudia a los fenicios. El día que presentó su tesis se equivocó y dijo *Fecinius*. Mi madre es una mujer clásica atrapada en este mundo clásico. Mi madre es paciente y cariñosa; le gusta achucharme. Mi madre y yo nos damos besos en la boca cuando nos abrazamos. Mi madre fenicia trataba de describirme los dedos rosados de la aurora en Homero, trataba de explicarme sus metáforas y luego yo no he sabido inventar ni una sola. Quizá porque ya las aprendí todas hace años. Quizá porque todas me recuerdan a ella. Mi madre no me leía *La Iliada* sino *La Odissea*. *¿Cómo voy yo a leerle La Iliada, Luna?*, me decía. *¡Es un libro demasiado sangriento para una niña pequeña!* *¿Demasiado sangriento? ¿Demasiado sangriento?* La sangre es el néctar de los poetas. Toda la sangre es digno de un poema. Todo lo que menstrúa es digno de un poema. Demasiada sangre para una niña de cuatro o de cinco o de cien años. Mi infancia fue larga y alegre. Mi infancia terminó con el primer beso del primer gato y volvió a empezar con el último beso del último insecto. Ahora vivo mi segunda infancia. Mi cuerpo de nínfula sin cicatrices. Mis axilas de Monelle, sin vello ni olor. Mis pies diminutos. Los dientes de leche. La niñez no tiene por qué corresponderse con la inocencia. La niñez

no tiene por qué corresponderse con la pureza. Sin embargo la felicidad era lo puro de un cuerpo. Lo pulcro de un cielo que nos guarda los párpados. Que nos mece y nos engaña. *¿Qué es la pureza?*, preguntaba Dono. *¿Qué, la felicidad? ¿Y el viento? ¿Y las gasas? ¿Y qué son las monedas amarillas de los pobres? ¿Qué son los anillos? ¿Qué son los noticiarios? ¿Qué son las amapolas? ¿Qué es la heroína? ¿Qué es la voz? ¿Y la familia? ¿Y los otros? ¿Qué es el fin del mundo?*

* * * * *

El mundo no se puede acabar ahora. No se puede acabar. Te he comprado un anillo de plata para que nunca lo pierdas. Tómallo y toma tus ojos. Póntelo y ponte tus ojos. *La muerte no puede ser experimentada ni por los vivos ni por los muertos*, escribió William T. Vollmann. La extraña claridad de esta ventana solo me recuerda a una gran epidemia.

Y si esto se acaba.

Dime.

¿Qué significa entonces quedarse solo?